



Capítulo 49

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO II



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN, EL TOCQUEVILLE DE LA DEMOCRACIA LATINA

Fernán Altuve Febres Lores

M. García Calderón, il Tocqueville de L'Amérique Latine.

Andre Siegfried (1875-1959)

I.

Cuando Francisco García Calderón Rey murió en 1953 unos pocos amigos acudieron a su entierro donde solo guardaba luto la augusta figura de su viuda Rosa Amalia Lores de García Calderón. En esa fría mañana de julio, uno de los intelectuales que mayor renombre había ganado para el Perú se despedía, sin cortejos, sin honores, con una discreta ceremonia que asemejaba a la de los ilustres exiliados porque, como dijo Luis Alberto Sánchez, para ese entonces los jóvenes no lo conocían y los mayores ya habían perdido el hábito de leerlo.

Cinco décadas antes, en 1903, un entusiasmado joven publicaba celebrados artículos con el seudónimo de *Ídem* y poco después los reunió en un pequeño libro titulado *De Litteris* (1904) el cual fue precedido por un elogioso prólogo de José Enrique Rodó [1871-1917], quien lo ungió como líder de la juventud continental. Era su precoz consagración.

En aquel entonces el autor uruguayo era el más renombrado maestro de las nuevas generaciones americanas, que leían en su *Ariel* (1900)¹ un esperanzador sermón laico dirigido a los pueblos latinos que sentían la amenaza de los pueblos sajones triunfantes tras la Guerra Hispano-Norteamericana (1898) y la invasión a Panamá (1903).

Esta confrontación cultural marcó a toda la generación novecentista que acogió el idealismo aristocrático de Ernest Renán [1823-1892], autor de Calibán,

¹ Ariel era el nombre que William Shakespeare da en su obra *La Tempestad* al genio del aire que sirve al sabio Próspero, dominador de Calibán, un espíritu prosaico y ambicioso, hijo de la bruja Sicorax.

recordando que este desde la Acrópolis había hecho un llamado a la *jeunesse latin* en defensa de su esencia «espiritualista» frente a la avanzada del «materialismo» de los pueblos sajones, que se habían impuesto, en el caso específico de Francia; tras la batalla de Sedan.

No es de extrañar que fuera en el Perú del 900 donde surgieran los más decididos adalides de aquella generación idealista, pues el país también era un convaleciente de la infausta agresión del capital anglosajón, escondido tras los pliegues de la bandera chilena, sin olvidar que entonces aún permanecían abiertas las heridas de la anexión de Tarapacá y de la ocupación de Tacna y Arica, provincias irredentas, como Alsacia y Lorena.

Aquí debemos tener presente que para Francisco García Calderón el recuerdo de esa tragedia nacional era parte de su historia familiar. En 1883 había nacido cautivo en Valparaíso y tuvo por primera cuna una caja de vino. Él era el primogénito de un presidente prisionero. Su padre, el notable jurista Francisco García Calderón Landa [1834-1905], lideró un gobierno provisorio en La Magdalena (1881), formado por notables de la Lima ocupada en paradójica similitud con el que estableció el historiador Adolphe Thiers en Versalles tras la invasión prusiana, y tuvo que soportar estoicamente todos los vejámenes a los que se le sometió porque se negó a firmar un tratado de paz que consignara una cesión territorial.

Así se inició el arco existencial de Francisco García Calderón Rey, con un dramático cautiverio que curiosamente coincidió, hacia el ocaso de su vida, con otro cautiverio ocurrido a raíz del desempeño de la representación diplomática del Perú en la Francia ocupada por las fuerzas nazis. La ruptura de las relaciones internacionales entre las naciones del Eje y los países del hemisferio occidental después de Pearl Harbour, tuvo como represalia la detención de los miembros de sus legaciones y su traslado a Alemania (Audi Godesberg) para ser reclusos como prisioneros de guerra en el abandonado Hotel Dressen² [1942-1944]. De las penurias de esta reclusión su salud nunca se repuso.

II.

Al celebrarse el primer aniversario de su fallecimiento, en 1954, sus amigos congregados por su pariente y dedicado admirador Jorge Basadre [1903-1980], publicaron una selección de sus escritos titulado *En torno al Perú y América* donde el historiador tacneño propone una clasificación tripartita de la obra de García Calderón, en tres ciclos: Inicial [1904-1916], Medio [1917-1932] y Final [1933-1949].

² Un protagonista del internamiento, el diplomático y escritor Francisco Vega Seminario ha rememorado este acontecimiento en una novela recientemente publicada.

Esta clasificación, que también es acogida por Karen Sanders, nos parece muy adecuada si es que hablamos de su producción bibliográfica, pero podría ser insuficiente si es que tratamos de identificar las líneas maestras de su pensamiento, porque en este último sentido solo son perceptibles dos épocas, la primera o «arielista» que coincide con su producción durante el periodo de 1904 a 1916 y el segunda o «cosmopolita» que es apreciable desde 1917 hasta 1949.

Aquí no puede dejar de observarse que estas etapas del pensamiento calderoniano están signadas por dolorosas pérdidas que equivalen a hitos divisorios de su vida intelectual. Ello se ve en primer lugar con la muerte de su padre (1905) y la profunda crisis emocional que esta desaparición le produjo, pero que tras su viaje a París con sus hermanos, fue superada y le permitió producir sus páginas más lucidas, brillantes, llenas de fe en el espíritu latino. Esta época está caracterizada por un «sereno optimismo» según refería Alejandro Deustua [1849-1945], su maestro e introductor del idealismo de Henri Bergson [1859-1941] al Perú.

Durante esos años, impregnados del modernismo literario de inicios del siglo XX, su estilo quedó definido dentro del ensayo propio de la tradición francesa como se puede apreciar en tres compilaciones de estos textos *Hombres e ideas de nuestro tiempo* (1907), *Profesores de idealismo* (1909) e *Ideologías* (1917) y también en la espléndida trilogía que representan su *Le Pérou contemporain* (1907), *Les démocraties latines de la Amérique* (1912) y *La creación de un continente* (1913) donde resalta su prosa impecable, si bien Luis Alberto Sánchez [1900-1994] dice que su francés «posee un inocultable ritmo de elocuencia castellana» (Sánchez, 1981, p. XVIII).

La llegada de la Gran Guerra [1914-1918] causó un fuerte impacto en esta generación idealista y cobró a esta estirpe intelectual una cara contribución de sangre que fue brindada por el hermano menor José García Calderón, premiado estudiante de arquitectura, que se enroló en la Legión Extranjera de Francia al estallar la conflagración mundial y murió en «el campo de honor de Verdun» (5-V-1916) sumiéndolos en «[...] un pesimismo que por ahora, no podemos vencer» (Riva Agüero, 1999, p. 117).

Asimismo, la Revolución Mexicana, la Revolución Rusa, el ingreso norteamericano a la hasta entonces «Guerra Europea» y la aparición de nuevas naciones eran tempestuosos acontecimientos que trastocaban el equilibrado mundo de la *Belle époque* y alejaban el optimismo arielista que quedó definitivamente desesperanzado tras el suicidio de José Enrique Rodó en 1917.

Esta era la herencia menguante que recibía Francisco García Calderón, capitán de una generación desilusionada por el horror de las trincheras, la acechanza bolchevique y la *dollar diplomacy*. Debido a estos hechos se vieron obligados a arriar las antiguas banderas de la cultura latina ante la necesidad de revitalizar un «occidente» jaqueado por la anarquía, la gran depresión y el totalitarismo, tanto rojo como pardo.

En el mundo se enseñoreaban los discípulos de Calibán mientras en el sentir de García Calderón, el animoso Ariel, espíritu del aire, cedía el paso al erudito Próspero y, como este, el pensador peruano se aparta a su ínsula de libros desde donde escribe ensayos que traslucen estos sentimientos. En 1926 publica una reunión de estos textos, *La Europa inquieta*, y nos confesará su desanimada inspiración: «Desde un observatorio sin extrema esperanza, simples comentarios, observaciones, reflexiones».

En aquel momento él devino en el vigía americano de las grandes corrientes del cosmopolitismo occidental. Agudizó sus metáforas pero lentamente eclipsó su brillante originalidad latina, ahora bien, aun siendo estrictamente europeos los temas que trataba siempre buscaba derivar su reflexión final hacia América Latina como ha recordado Pedro Planas [1961-2001] (1994, p. 72). Así se formaron sus compilaciones de estudios; *El Espíritu de la nueva Alemania* (1928), *La herencia de Lenin y otros ensayos* (1929), *Testimonios y comentarios* (1938) entre otros textos que tal vez algún día puedan publicarse completos.

Caído Leguía en 1930, retomó su labor diplomática abandonada desde 1921 por desacuerdo con aquel gobernante, y fue designado ministro plenipotenciario en Francia donde lo rodeo el esplendor de las embajadas acreditadas en París, dedicándose a los detalles, los documentos lacrados y un aparatoso ceremonial que sigilosamente robaban su tiempo al estudio. Poco después vino la traición de uno de sus ojos y la ineficacia de las operaciones subsiguientes que limitaron enormemente su labor hasta que, desde 1932, tuvo que recurrir a las lecturas de su esposa como le escribe a su amigo Riva Agüero. Esta es una de las razones para la disminución de su producción en el ciclo final de su vida intelectual que coincide con la última y más dolorosa pérdida, el fallecimiento de su fraterno amigo José de la Riva Agüero en 1944, mientras él se reponía en Ginebra de las secuelas de la prisión alemana.

Para homenajearlo, por última vez, superó esforzadamente los males que lo trajeron de regreso a Lima en 1947, se aferró a un instante de lucidez y dedicó como tributo final al amigo ausente, cual canto de cisne, su más hermoso trabajo, *Recuerdos*, que pronunció como discurso en 1949 donde sentido dice, «No me consolaré nunca de que Riva Agüero no haya sido Presidente del Perú» (García Calderón, 1949, p. 20).

Más allá de esta declarada adhesión política, al hacer comparaciones entre estos grandes amigos algunos ensayistas han querido ver en las naturales diferencias dentro del pensamiento arielista, una divergencia ideológica insalvable, así por ejemplo Francisco Tudela ha afirmado que: «Resulta inevitable ver en ellos a los representantes de dos derechas diferentes e irreconciliables: la tradicionalista, teológica y contrarrevolucionaria de Riva Agüero, contrapuesta a la liberal, pragmática y conservadora de García Calderón» (Tudela, 2001, p. 13).

Indudablemente García Calderón, como hijo del pensamiento conservador francés, era un seguidor del culto a la autoridad que fundó un Renán receloso del liberalismo, y que como sostiene Jean-Francois Revel este último ha sido un arcaico inspirador de republicanismo gaullista, mientras que por su parte Riva Agüero era un monárquico, desafecto a la burguesía liberal, y defensor de la tradición católica. Pero ambos a su manera estaban unidos tras el ideal latino, uno acogiendo la latinidad laica, que bautiza al pensamiento inglés, mientras que el otro profesaba su devoción a la latinidad creyente, aquella que quiere bautizar al mundo, así el primero recordaba que el segundo: «[...] se inclinaba ante Roma sede del papado, capital del mundo latino, metrópoli de la más universal de las culturas [y] Cuando viajó por Europa prefirió siempre Roma a París» (García Calderón, 1949, p. 10).

Lo cierto es que, independientemente de los matices, ellos, como su generación, han representado la única derecha intelectual que hemos tenido, la que se forjó condenando la corrupción y el despilfarro guanero; así como, la debilidad institucional que reveló la Guerra con Chile (1879-1883). Derecha idealista que quería regenerarse inspirada en una estoica latinidad, que sabía que «el Perú se salvaría solo bajo el polvo de una biblioteca» y que solo ante un dilema externo de la Patria prefería: «la injusticia al desorden».

Con su desaparición, hacia la década de 1950, nos ha quedado su verdadera e irreconciliable rival, la derecha económica, de la que ha sido uno de sus mayores exponentes Pedro Beltrán, y que a pesar de intentar cobijarse bajo un velo «liberal» es responsable en gran parte de nuestros males, porque su único paradigma ha sido Fenicia y su divisa *Ubi bene, ubi patriae*.

III.

El primer García Calderón fue influenciado por un medio intelectual signado por el positivismo de Augusto Comte [1798-1857], cuya divisa era «orden y progreso», y por el de Herbert Spencer [1820-1903] que anunciaba que el industrialismo sería la fase subsiguiente de los pueblos militaristas. Esta ortodoxia era difundida en el Perú por Alejandro Deustua [1849-1945], Javier Prado Ugarteche [1870-1921] y Mariano H. Cornejo [1869-1942].

Los positivistas tenían una fe inquebrantable en la ciencia como instrumento para la superación humana y en aquel entonces la teoría científica dominante era el «Evolucionismo» del inglés Charles Darwin [1809-1882] que sostenía que todo progreso de los hombres estaba predeterminado por su origen racial.

En este tiempo, cuando el discurso liberal del siglo XIX era ampliamente acogido y aún no había sido retado por la difusión del «materialismo histórico», las diferencias políticas entre las potencias eran muy poco perceptibles. Se analizaba las aristas de cada monarquía constitucional, el acceso del pueblo a las urnas y el grado

de peligro anarquista, razón por la cual las distinciones se hicieron presentes en el campo de la supremacía nacional y en la competencia imperialista.

De aquí se entiende la enorme acogida que tantos hombres serios dieron a tesis hoy devaluadas, pero entonces muy citadas, como las del conde francés Arthur Gobineau o las del ministro británico de colonias, Joseph Chamberlain, célebre por inventar los campos de concentración en la Guerra Anglo Boer [1899-1902] o también libros deterministas como *La lucha de razas* (1889) de Ludgwig Gumplowicz, *Le prejuice des races* (1906) de Jean Finot o la obra de Gustav Le Bon, fundador de la psicología de masas.

La misma cultura cantaba a las supremacías étnicas, *the struggle for life*, y el nuevo mundo no fue ajeno a esa corriente, el norteamericano Walt Whitman [1819-1892] lo expresaba bien al decirnos:

Mucho tiempo, demasiado América [...]
 Porqué, quién si no yo se dio cuenta
 De lo que sus hijos en-masse son realmente [...]
 Haré la raza más espléndida sobre la que el sol
 Haya brillado jamás
 Oh madre de una poderosa raza (García Calderón, 1979, p. 168).

En esa pugna cultural los pueblos no sajones de América se vieron en la necesidad de asumir el discurso de una «raza latina», más ideal que biológica, como medio de resistencia ante la pretensión de superioridad venida del norte, para lo cual los pueblos del sur revaloraron sus particularidades con el fin de legitimar su propio destino bajo el sol de las naciones. José Santos Chocano [1875-1934] interpretaba un sentimiento como este al recitar:

Tal es como, por entre mis bárbaras canciones,
 flotan veinte banderas, pasan veinte naciones,
 se imponen cien tiranos y hay cien revoluciones
 Y tal es como mi corazón elevo,
 Al Sol, padre del Inca, sobre mi canto llevo.
 Todo el vigor antiguo, dentro del arte nuevo
 Voy con mi lira como con su arma iba el augur,
 Porque sé que mis campos esperan la segur.
 Walt Whitman tiene el norte; pero yo tengo el Sur (Chocano, 1954, pp. 730-731).

Dentro de este contexto se puede entender porqué en el joven García Calderón ejerció tan poderosa influencia la interpretación tripartita: raza, medio y momento de Hippolyte Taine [1828-1893]³ autor de *Les origines de la France contemporaine* (1875-1893), obra en once volúmenes, cuyo título guarda una evidente genealogía

³ García Calderón escribió dos ensayos, *Pro Taine y Taine*, en 1928, en los que alaba a este sabio francés.

intelectual con *Le Pérou contemporaine* y que desde su publicación, aun a pesar de estar escrito en francés, se convirtió en el primer estudio integral del Perú.

IV.

En ese momento aquel libro emblemático, tuvo una doble finalidad, una práctica dando a conocer el Perú al público europeo, lo que se logró en 1908, cuando la obra fue laureada con el premio Fabien de la Academia Francesa, galardón que permitió a su autor acceder a los más notables eruditos de su tiempo, como el filósofo idealista Emile Boutrox quién lo invitó a participar en el congreso de Filosofía de Heidelberg (1908) donde presentó su consagradoria ponencia *Sobre las corrientes filosóficas de América Latina*⁴.

La otra finalidad era sustantiva. Similar a la que había tenido la voluminosa obra del conservador Taine cuando se convirtió en el gran manual para los dirigentes de la III República Francesa, entonces destrozada después de la Guerra Franco-Prusiana [1870-1871]. En otras palabras la elite, de lo que Jorge Basadre llamó «La República Aristocrática», recibía en el primer texto calderoniano un análisis de la realidad nacional y una guía para sostener el proyecto político de la oligarquía, del neocivilismo-conservador encarnado en José Pardo (1904-1908 y 1915-1919) que se distanciaba del efervescente civilismo-liberal de su padre Manuel Pardo (1872-1876).

Por estas razones, por su vieja estirpe civilista y debido a algunas simpatías con la *soberanía de la inteligencia*, que el conservador Bartolomé Herrera [1808-1864] (García Calderón, 1981, p. 101) bautizó de Guizot y los eclécticos franceses, se puede entender el planteamiento inicial del joven peruano:

Debemos llegar al gobierno democrático, por la oligarquía. Todo lo demás no es si no política oratoria, teñida de fórmulas absolutas e irrealizables [...] Esta oligarquía no podría ser exclusiva; no sería una aristocracia de tradición, cuya formación es imposible en un medio tan mezclado; ni una plutocracia aislada; sino la unión del talento, de la riqueza y la tradición, en una colaboración definitiva [...] Sin llegar a la dictadura simulada, de Méjico, con el gran Porfirio Díaz; [...] una oligarquía abierta haría la grandeza del país (p. 349).

Para aquel entonces García Calderón creía que era mejor para el Perú el régimen francés, de un gobierno de las elites, antes que el modelo individualista hispano, como ocurría con su admirado Porfiriato, pero entendía que había dos ideales distintos que describía con estas palabras:

⁴ Este trabajo fue traducido por el mexicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) con notas críticas, las cuales fueron acogidas y mantenidas en las posteriores reimpresiones hechas por García Calderón.

El ideal francés, en apariencia paradójico, la «República Monárquica», busca más la libertad que la igualdad, reemplazando ligeramente la burguesía al feudalismo. El ideal español, el «cesarismo democrático» implicaba más la igualdad que la libertad. Francia soportó a todos los líderes jacobinos en nombre de la libertad. América sufrió toda clase de anarquías, en nombre de la igualdad (p. 68).

Esta contraposición la recogía de los grandes pensadores franceses del siglo XIX, Renán, Taine y principalmente de Alexis de Tocqueville [1805-1859], quienes también sirvieron de fuente al sociólogo Celestín Bougle [1870-1940], autor de *Les idées égalitaires* (1899), que fue epílogo bibliográfico de la contraposición entre una elitista «democracia de la libertad» y una carismática «democracia de la igualdad».

Aquí es de enorme relevancia apreciar que en *El Perú contemporáneo* se cita por primera vez en la reflexión americana el término «cesarismo democrático» que proviene de la *Historia de la civilização ibérica* (Lisboa, 1901), escrita en 1894 por el historiador socialista Joaquim Oliveira Martins [1845-1894] donde el pensador portugués concibe que la tendencia hacia la igualdad, característica de los pueblos ibéricos, solo puede realizar formas democráticas tras un jefe, un caudillo, un «héroe» diría Carlyle, Emerson lo llamaría un «hombre representativo», es decir, un *césar démocratique* para usar una expresión común durante el imperio de Napoleón III y que Edouard Laboulayé [1811-1883] usó por primera vez en su *Historia política de los Estados Unidos* (1856).

Ahora bien, desde su viaje a París, en García Calderón se empezó a empañar lentamente la imagen del ideal francés como alternativa real para América, así nos lo revela una carta que escribió el 13 de mayo de 1907, anunciando la próxima conclusión de su libro a José de la Riva Agüero, un monárquico convencido, al que le decía:

Te confesaré que aquí, en esta república anarquizada, se ama y se simpatiza con la monarquía. Es un principio de estabilidad y equilibrio que parece necesario cuando la democracia lleva a la demagogia y el personalismo se convierte en autocracia. Pero, insisto en creer que hay algo de eremio, de latino, en esta nivelación democrática, a pesar del justo descrédito de la teoría de las razas. [...] El cesarismo democrático que es, según una parte piensa Oliveira Martins, la forma del gobierno español, que pasaba ese instinto nivelador bajo el sitio absoluto en que había estas Repúblicas endiosadoras, de jefes miserables igualitarias y anárquicas. Era siempre la igualdad contra la libertad, y ni la libertad en la jerarquía contra la nivelación absoluta (Riva Agüero, 1999, pp. 617-618).

Ciertamente apreciaba que el ideal patricio en que cifró sus noveles esperanzas de progreso mostraba inclinaciones hacia una república anárquica, en tanto que la tesis de la monarquía para América según el modelo brasileño que servía de paradigma a Riva Agüero le parecía una utopía. De ello se entiende que ante el dilema latino entre una «democracia iletrada» o una «dictadura ilustrada» García

Calderón se empieza a inclinar lentamente hacia la última, de ahí que concluya la misiva afirmando:

Porfirio Díaz es un Don Pedro sin cetro con apariencias de reelección [...] Necesitamos que nos tiranicen conservando las formas aceptando la autocracia sobre la nivelación general, la desigualdad racial, la organización de grupos históricos [...] Creo que la monarquía constitucional es el mejor régimen de gobierno, y que viendo esta cuestión occisa en América, necesitamos dar a la República un prime arienk, no buscando al rey burgués, si no extendiendo el período presidencial permitiéndole una reelección estableciendo un senado que sirva de equilibrio a la demagogia, etc. (p. 619).

Esta opción por la dictadura ilustrada es muy clara en un texto que ha pasado desapercibido para muchos estudiosos, mas no para el agudo análisis de Alfredo Barnechea, quién generosamente me brindó la información de un interesantísimo prólogo que el joven ensayista peruano escribió en 1912 para el libro *Vicios políticos en la América*, publicado en París por el colombiano Enrique Pérez, y donde el prologuista, sin escatimar halagos para el autor que defiende el gobierno elitista de su país, manifiesta elegantemente su discrepancia y se declara abiertamente a favor del régimen cesáreo de Porfirio Díaz [1876-1911].

Esta posición fue seguida en Las democracias latinas de América, expresión que explicaría que García Calderón cree en una «vía latina hacia la Democracia» y que esta fluye del carácter igualitario del individualismo ibérico, tan receloso de las jerarquías por lo que busca relacionarse diagonalmente con el César. Pero dentro de esta opción, no deja de precisar que un cesarismo de guerreros no debe olvidar nunca el saber de los patricios, por ello afirma:

Si bien un presidente tutelar es necesario, no es menos conveniente el oponer a la autocracia un poder moderador que por su constitución recordaría al senado vitalicio de Bolívar. Se puede concebir; así mismo, un Senado que represente los verdaderos intereses nacionales: cuerpo estable, reunión de todas las fuerzas de conservación social, asamblea serena, extraña a toda veleidad democrática, donde el clero, la universidad, el comercio, las industrias, el ejercito, la marina y los poderes judiciales podrían defender, contra los asaltos de la demagogia, contra los reformadores demasiado audaces, la constitución, la tradición, las leyes (García Calderón, 1979, p. 206).

En su posterior obra, *La creación de un continente*, se aprecia con mayor nitidez su apuesta por un régimen que aleje la influencia plebeya de los políticos, verdaderos autores de una república iletrada, porque «[...] la historia americana demuestra que fue más útil la firme acción de los caudillos que la fatigosa declamación de los parlamentos. Un presidente beneficio y patriota, secundado por asambleas parasitarias, ha dado a los pueblos americanos largos períodos de progreso material. Esa es la tradición que, modificada, renovada, debe guiar a la política castiza» (p.292).

A manera de epílogo, debemos recordar que algunos intérpretes progresistas del pensamiento calderoniano, como su primo Jorge Basadre entre otros, han intentado asociar su ideario con el liberalismo de cuño inglés, de aquí que el historiador haya sostenido que «[...] a pesar de su tesis de una oligarquía ilustrada y benéfica para el Perú y a pesar de sus contemporizaciones con el «cesarismo democrático», fue, fundamentalmente un liberal» (Basadre, 1954, p. XXXII).

Pero lo cierto es que el verdadero sentido de sus ideas parece estar más próximo a la interpretación de su hermano Ventura García Calderón [1887-1959], quien en su ensayo *Nosotros* (1946), donde hace un balance de la obra y legado de su generación, recuerda que «Con certera mirada juzgo Francisco los peligros de la libertad cuando el mundo entero cantaba sus loores desordenados y quiso para su patria la estabilidad de un gobierno fuerte, de un poder ejecutivo consolidado, aunque padecieran los dogmas de la Revolución Francesa que, con los fastos de la historia romana, fueron retórica predilecta de entonces» (García Calderón [Ventura], 1986, pp. 545-546).

V.

Ninguna obra de Francisco García Calderón alcanzó la notoriedad de *Les démocraties latines de la Amérique* que fue publicada en francés con un laudatorio prólogo de Raymond Poincaré, pocos meses antes de ser elegido presidente de la República Francesa (1913-1920), y traducida simultáneamente al inglés y al alemán.

Indudablemente la figura inspiradora del libro es Alexis de Tocqueville, el mismo título recuerda *La democracia en América* (1831) a la que José Enrique Rodó llamaba la «obra maestra» (García Calderón, 1929, p. 95). En este texto, el aristócrata francés parte de descripciones empíricas de una sociedad democrática como la norteamericana para concluir en principios generales que le sirvan para elaborar un esquema teórico que le permita, no solo comprender el proceso de democratización en aquel país si no también el de Europa y especialmente el de la Francia posterior a 1789, cuya realidad él también estudió en otro renombrado trabajo *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856).

Por su parte García Calderón aplica el mismo método de análisis empírico derivado de los hechos y las características sociológicas de los pueblos latinos para explicar cómo este proceso histórico responde a una pasión igualitaria heredada del individualismo hispano. Es decir, una forma de democratización mestiza, una «democracia latina», que la distingue de otras democracias que no son latinas como por ejemplo la «democracia sajona»⁵ cuya herencia libertaria Tocqueville

⁵ Es ilustrativo observar que Tocqueville en una nota final, de su célebre libro fue el primero en distinguir lo sajón de lo latino en América al describir las diferentes colonizaciones en Nueva Inglaterra y Quebec.

recordaba con estas palabras: «Entre los norteamericanos la libertad es antigua y la igualdad comparativamente nueva. Lo contrario sucede en Europa, donde la igualdad introducida por el poder absoluto y bajo la inspección de los reyes, había penetrado en los hábitos de los pueblos mucho tiempo antes de que la libertad hubiese entrado en sus ideas» (Tocqueville, 1996, p. 667).

En concordancia con este planeamiento, el «Tocqueville latino», entendía que los dictadores americanos «representaban la nueva raza mestiza, el territorio y la tradición; eran hostiles a la tutela de la Iglesia, del capital europeo y de la diplomacia extranjera. [y] Su función esencial, como la de los reyes modernos después del feudalismo, fue la de nivelar a los hombres y unir las diversas castas» (García Calderón, 1979, p. 42).

Razón por la que afirma como conclusión general que «Las Democracias de América son pues españolas por más que su élite se haya inspirado siempre en ideas francesas. Democracias de pronunciamiento y anarquía, niveladoras y mestizas en las cuáles el individuo adquiere a veces una significación heroica como en las biografías de Carlyle» (pp. 47-48).

Ahora bien, al referirse específicamente a la evolución política de cada una de estas democracias tórridas y telúricas distingue entre las que fueron tuteladas por duras oligarquías como Chile y Colombia, de las que fueron regidas por estables autocracias como México y Paraguay o de aquellas que aclamaban a eventuales caudillos populares como era el caso de Venezuela, Perú, Bolivia y Uruguay. Sobre las últimas García Calderón, resumía sus ideas diciendo que «[...] la historia de estas repúblicas se reduce a la biografía de sus hombres representativos. El espíritu nacional se encuentra en los caudillos. Jefes absolutos y tiranos bienhechores, dominan por el valor, el prestigio personal, y la audacia agresiva» (p. 49).

Es probable que esta afirmación haya halagado la opinión del brillante pensador y sociólogo venezolano Laureano Vallenilla Lanz [1870-1936], autor del célebre libro *El cesarismo democrático y otros textos* (1919)⁶ donde se cita a *Las democracias latinas* en lo referente a la comparación entre el venezolano Antonio Páez y el peruano Ramón Castilla, ambos «dictadores necesarios» de repúblicas inestables (Vallenilla Lanz, 1999, pp. 152, 163).

En 1925 *El cesarismo democrático y otros textos* fue traducido al francés con prólogo del ensayista conservador André Marius quien era amigo de García Calderón. Para ese entonces, este último ya había cruzado el umbral hacia su segunda época marcada por la desesperanza de postguerra y su cerrada oposición

⁶ El autor cita como fuentes en su libro a Edouard Laboulaye, Joaquim Oliveira Martins, y Francisco García Calderón, si bien su nieto y biógrafo Nikita Harwich Vallenilla presume que el título de la obra fue inspirado por el escritor francés cuyo antiguo texto se encontraba en la biblioteca del padre de don Laureano (Vallenilla Lanz, 1999, p. 6).

al régimen de Augusto B. Leguía [1919-1930] que era acusado de ser un «cesarismo burocrático», según expresión acuñada por Víctor Andrés Belaunde [1885-1966].

En ese sentido apareció un artículo de García Calderón en la renombrada revista neoyorkina *Foreign Affairs* (abril, 1925) donde criticaba al autoritarismo americano por ser una enfermedad continental. Entonces, la respuesta del polémico Vallenilla no se hizo esperar, y mientras debatía con el uruguayo Mario Falcao Espaltes dirigió un artículo a *La Prensa* de Buenos Aires titulado *Las constituciones de papel y las constituciones orgánicas* (22-IX-1925), donde desliza una sutil crítica al «eminente escritor peruano» por haberse sumado circunstancialmente al pesimismo sobre el porvenir americano e indica, «conocemos a más de un escritor ilustre que cada vez que recibe algún disgusto de su país enferma al continente» (p. 221).

Pero estas diferencias se fueron profundizando y, al publicarse la 2ª edición castellana de *El cesarismo democrático y otros textos*, en 1929, Laureano Vallenilla agrega una dura nota contra uno de los pensadores que sin duda había tenido como fuente inspiradora de su libro «[...] es de lamentarse que el doctor García Calderón, por razones que no son sociológicas, haya opinado después de muy distinta manera respecto del ilustre gobernante del Perú señor Leguía y no lo incluyera haciéndole justicia, entre aquellos «tiranos bienhechores» que después de un periodo de anarquía y bancarrota política y económica, surgen para dominar por largos años la vida nacional, imponen la paz, impulsan el progreso y engrandecen su patria» (p. 171).

Era el reproche natural del fiel discípulo de Comte al observar la inconsistencia del autor de *Las democracias latinas* al no aceptar para su país al «cirujano de hierro» que otrora tanto había demandado, esa necesaria «dictadura organizadora», en cuya defensa aún persistía José Santos Chocano.

Ahora bien, tal vez pueda entenderse esta incongruencia debido a la mayor influencia spenceriana que denota el pensamiento calderoniano en su artículo neoyorquino y que, amparando la idea de un proceso evolutivo en dos fases, la primera militar y la segunda industrial, haya considerado que la llegada de Leguía en 1919 estaba retrasando la transición del Perú, aquella que el ensayista había apreciado diciendo que, mientras «En las repúblicas del sur de América Argentina, Uruguay y Chile y hasta el Brasil tropical, el industrialismo dominó. En Bolivia y en Perú los últimos jefes no habían muerto aún, los partidos siguen siendo personalistas, pero su influencia ya no era tan decisiva como hace treinta años» (García Calderón, 1979, p. 46).

Otra explicación también puede encontrarse en el desafecto calderoniano por las dictaduras plebeyas, Sanders ha resaltado su clara crítica al fascismo pero no a una ilustre autocracia. De ahí que, cuando se produjo en el Perú la restauración oligárquica iniciada por el comandante Sánchez Cerro y continuada después por el general Benavides, ambos auxiliados por un séquito de eminentes ex civilistas,

nuestro pensador asumió su defensa, tal vez porque sintió que este régimen era algo cercano a su propuesta de una presidencia tutelar que no olvidara rodearse de un patriciado intelectual.

Sin duda alguna fue una paradoja del destino que al poco tiempo de iniciar García Calderón su representación diplomática del Perú en Francia (1930-1942), en 1931, el gobierno de Venezuela acreditase como su plenipotenciario en París a don Laureano Vallenilla Lanz. La historia aún no ha indagado las últimas relaciones entre estos dos talentos, y si ellas fueron solamente protocolares, si se contagiaron de la célebre antipatía que existía entre Sánchez Cerro (1930-1933) y Juan Vicente Gómez [1908-1935], o quizás hayan recordado juntos el esplendor del Porfiriato que ellos tanto admiraron. Eso aún está por descubrir.

VI.

En 1899, un año después de la tragedia del 98, la derrota hispánica en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, ante los Estados Unidos, un elocuente sociólogo mexicano, Francisco Bulnes [1847-1924], parlamentario del llamado partido «científico» de Porfirio Díaz, escribió un libro titulado *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* a partir del cual se iniciarían las siguientes reflexiones sobre el destino de los pueblos latinos en el continente.

Para ese entonces los estados latinos habían aceptado sin mayores conflictos la conocida doctrina del presidente norteamericano James Monroe [1821-1829] con la que este se había opuesto en 1823 a una posible intervención de las potencias monárquicas de la Santa Alianza en el hemisferio occidental, y que se resumió en la divisa «América para los americanos».

Esta doctrina solo fue retada seriamente hacia la década de 1860 por la elite conservadora mexicana que instauró un monarquía constitucional regida por Maximiliano I de Habsburgo [1864-1867] con el apoyo del II imperio francés. Ello se entiende porque el pueblo mexicano aún podía recordar que los generosos postulados del «monroísmo» solo habían servido para que no pudiesen recibir auxilio europeo cuando en 1847 fueron invadidos por sus vecinos del norte y perdieron todos sus territorios entre el río Mississippi y el Océano Pacífico.

Fue en esta época cuando en Europa se empezó a generalizar la expresión «América Latina» que Julián Marías con simpatía dijo que fue inventada en la carpa del general Bazaine, jefe del cuerpo expedicionario francés en México. Pero lo cierto era que la idea de una latinidad americana tenía un fundamento intelectual y político más profundo que se puede encontrar en el economista Michael Chevalier [1806-1879] quién hacia la temprana fecha de 1844 ya proponía como necesidad para Francia la construcción de un canal interoceánico en Panamá, mientras que por su parte un joven príncipe prisionero en la fortaleza

de Ham, Luis Napoleón Bonaparte, futuro instaurador del Segundo Imperio, también difundía un folleto para crear un canal por Nicaragua, la que sería nueva Constantinopla (Phelan, 1986, p. 442).

Además, hacia 1853, Chevalier había observado que en el mundo estaban rivalizando tres poderes; los sajones-protestantes encabezados por Inglaterra, los eslavos-ortodoxos liderados por Rusia y los latinos-católicos que carecían de un estado guía para lograr en el siglo XIX, un equilibrio entre potencias similar al que existió en el siglo XVIII. Por eso sostenía que Francia debía dirigir una «liga panlatina» que ayudara a España, Italia y otros pueblos latinos como Rumania, que pudo obtener su independencia del Sultán de Turquía gracias a este principio de pertenencia cultural.

Otro de los grandes apologistas de esta «geopolítica de la latinidad» fue el secretario del mismo emperador Maximiliano, el clérigo Emmanuel Domenech [1826-1886], quien preocupado por el porvenir latino citaba a un periodista ruso que profetizaba de la siguiente manera, «cuando el águila rusa vuela sobre el Bósforo y el águila americana vuela sobre la ciudad de México, solo quedarán dos poderes sobre el mundo: Rusia y los Estados Unidos» (p. 449).

Pero una vez acabada la Guerra de Secesión [1861-1865] con el triunfo del norte esta política que retó al «monroísmo» estaba condenada al fracaso y, en 1867, inició su fin en Querétaro con el regicidio de Maximiliano y concluyó en 1870 con la caída del imperio de Napoleón III⁷.

Para 1902, cuando Venezuela fue conminada a cancelar su deuda impaga por los buques de guerra alemanes y británicos, la doctrina Monroe declarada por los Estados Unidos solo sirvió de alegato de exclusión a los europeos y solo fue gracias a la nota del canciller Drago de Argentina que se pudo establecer como principio internacional la imposibilidad del cobro coactivo a países soberanos. Lo cierto es que para ese entonces el «monroísmo» había tomado un matiz agresivo y de intervencionismo a ultranza que aspiraba a hacer del Caribe un *Mare Nostrum* yanqui.

Ello se comprobó en 1903, cuando el presidente Theodore Roosevelt [1901-1909], a quién Francisco García Calderón tildaba de «profesor de imperialismo», deseoso de controlar el canal que estuvo en construcción hasta 1914, le arrebató a Colombia la provincia del Istmo con su simple *¡I took Panamá!* Era el inicio de una búsqueda feroz de la *Pax Americana* mediante su política del *Big Stick*.

⁷ La última gran posibilidad de que Francia materializara una «geopolítica de la latinidad», posibilista y no determinista, que contrarrestara su decadencia internacional y la americanización de Europa se debió al notable general de Gaulle (1890-1970) quien auspició el ideal latino en sus giras por Québec, México y Sud América.

Ante esta dura experiencia revivió nuevamente el ideal latino entre la generación arielista que recitaba la desafiante poesía de Rubén Darío [1867-1916] contra el misionero de un *Manifest Destiny*:

Tened Cuidado! Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
El Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.
Y pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios! (Darío, 1952, p. 702)

Si bien este nuevo florecimiento de una «panlatinidad», ocurrido entre 1899 y 1914, y estuvo inspirado por el modelo cultural francés, fue fundamentalmente una corriente intelectual y no tuvo una mayor expresión práctica como se aprecia en la debilidad del pacto llamado A. B. C., y en la pretendida doctrina del presidente argentino Roque Sáenz Peña al declarar en 1906: «América para la Humanidad», la que, por su imposibilidad de contrarrestar al «monroísmo», resultó ser una mera declamación lírica o un «generoso absurdo» según palabras de un poeta de la acción como José Santos Chocano.

VII.

Dentro de este ambiente arielista, nutrido por el discurso de José Enrique Rodó, «Fichte de la Nación Latina», apareció en 1913 *La creación de un continente* de Francisco García Calderón quien consolida con este trabajo su magisterio continental, porque dicta una condena a la enemistad artificial entre los jaqueados pueblos meridionales y los llama a una unificación indispensable, ya que «En frente del imperialismo vigilante, solo la fusión de intereses complementarios puede dar a América la definitiva independencia. Roto el istmo panameño, será el continente meridional un imponente bloque geográfico. Sobre esa base territorial se constituirá fácilmente la unión económica, intelectual y moral de pueblos solidarios» (García Calderón, 1979, p. 222).

Los fundamentos de esta unidad de las repúblicas latinas estaban en los caracteres comunes: religión, idioma, raza, tradiciones y desarrollos análogos, pero también consideraba indispensable reconocer que existía una jerarquía espontánea entre estas naciones para lo cual propone el bosquejo de un nuevo mapa americano basado en siete bloques o confederaciones de estados México, Brasil, América Central, La Unión Antillana, la Federación de la Plata (Argentina, Paraguay y Uruguay), Perú, Bolivia y Chile como una Confederación del Pacífico y un grupo Gran Colombiano (Colombia, Ecuador y Venezuela) para que política y económicamente pudiera contrarrestar el riesgo alemán, la amenaza japonesa y el peligro norteamericano.

Porque lo cierto era que este continente por crear se veía acechado por múltiples intereses, como los del misterioso oriente tras la bandera del sol naciente, buscando fundar en América el *Shin Nihon*, el nuevo Japón, o la *Weltpolitik* del Kaiser Alemán que ambiciona el sur del Brasil, pero que por su lejanía parecía menos peligroso que la tutela yanqui, mientras que los monopólicos *trust*, los *marines* interventores y Puerto Rico cautivo hacían concluir que, «El ideal yanqui es, pues, fatalmente opuesto a la independencia de Latinoamérica» (García Calderón, 1979, p. 167).

En este sentido el ideal yanqui estaba representado en lo político por la Unión Panamericana establecida desde 1889, con sede en Washington y donde se organizaba una burocracia para las «Américas» liderada por la potencia sajona cual ministerio de colonias. Todo ello porque García Calderón entiende que el panamericanismo es, «[...] una ficción que da a la vecindad territorial una significación trascendente y desdeña todos los antagonismos de raza y religión, lengua y tradiciones» (p. 237).

Así ante un panamericanismo topográfico, el autor apuesta por la creación de un continente latino que rescate el «ideal americanista» del fallido Congreso Anfictiónico de Panamá convocado por Bolívar en 1826, como recordando al clásico istmo de Corinto, y con el fin de que la fuerza latina equilibrase el poderío sajón. También recuerda que este ideal se experimentó en los Congresos Americanos de Lima en 1849, 1856, 1864. En esta última fecha y como conmemoración de este magno evento el ilustre pintor peruano Francisco Laso presentó su óleo conocido justamente como *El Congreso Americano* en el cual se puede apreciar la influencia de Jean-Leon Gerome [1828-1904]⁸. Aquella pintura fue patrimonio de la familia García Calderón y después de la muerte de ellos, sus deudos lo donaron a la Biblioteca Nacional de Lima donde se encuentra hoy en día.

El estallido de la Guerra Mundial significó una transformación total en el campo de las relaciones internacionales, así García Calderón y su pensamiento infundido del ideal latino se encuentra ante una elección insoslayable, optar entre dos pueblos sajones que encabezan ambos lados de la contienda. Es por ello que en 1916 replantea su tesis expuesta en *La creación de un continente* y publica en París y Nueva York *El panamericanismo, su pasado y su porvenir*, donde nos explica:

Panamericanismo o pangermanismo, tal parece ser para nuestras democracias el dilema ineludible [...]. Entre dos dominaciones, entre dos peligros a la frágil independencia de repúblicas desorientadas, hemos de preferir la hegemonía norteamericana, [...]. De modesta doctrina de exclusión de inquietante protectorado, se eleva el panamericanismo al rango de un principio conservador, en los imprevistos avatares del mundo occidental (García Calderón, 1916, pp. 57-59).

⁸ Es interesante observar el estudio titulado *La Pax de Augusto* (1852) que se encuentra en el Museo Getty.

Motivo por el que su óptica de las relaciones interamericanas debe cambiar de eje y, como observó Basadre, «[...] su visión se desplaza entonces de lo continental a lo hemisférico» (Basadre, 1954, p. XXI).

Como bien observó Gilberto Freyre, en una conferencia conmemorativa del IV centenario de la Universidad de San Marcos de Lima, desde entonces el pensamiento calderoniano se aproxima al del historiador y diplomático brasileño Manuel Oliveira Lima [1865-1928], autor de un análisis comparado entre la evolución histórica de sajones e iberos titulado *América Latina y América Inglesa*, y de un texto publicado en 1907 bajo el título de *El panamericanismo* cuyo deseo era latinizar al «monroísmo».

Poco después, en 1919; García Calderón publica sus reflexiones sobre la contienda bélica bajo el título *El Dilema de la Guerra* y ese mismo año escribe su importante ensayo *El Wilsonismo*. En este texto recuerda un viaje que realizó a Norteamérica en 1909 donde conoció al presidente Woodrow Wilson [1913-1921] cuando aún era Rector de la Universidad de Princeton. Igualmente nos refiere su reencuentro en París, a raíz de las conversaciones sobre el Tratado de Versalles. Es ahí dónde lo sorprende la fe que tiene el nuevo árbitro del mundo en la Liga de Naciones y desea creer en su promesa de que su país acatará las observaciones de un congreso de todos los pueblos, siempre que se materialicen los temores latinos de nuevas intervenciones como recientemente había sucedido con la invasión a República Dominicana (1916).

Aceptando estas beatíficas declaraciones y reconociendo el papel relevante que había asumido los Estados Unidos en la política mundial gracias a la tesis de los XIV puntos difundida por su gobernante, se aplacan las fuertes críticas que había formulado a este «doctor de imperialismo» desde la invasión a México en 1914 (García Calderón, 1917, p. 184). Asimismo, se convierte al credo pacifista de Wilson, misionero humanitario, que busca una permanente asociación para la paz, una asamblea mística consagrada al mantenimiento de la armonía entre los pueblos. Pasado el tiempo, cuando le correspondió presidir la 103ª sesión del Consejo de la Sociedad de las Naciones, dio un elocuente discurso (16-IX-1938) donde aún defendía al valor de una institución que para él significaba, «[...] *une sorte de Vatican laïque, sans pourpre et sans jaste, tandis que la Rome de Papes se transformait en une Geneve mystique sous laprotection de l'Esprit Saint*» (García Calderón, 1938, p. 3).

Pero este viraje no pasó inadvertido, en 1923 se publicó *El destino de un continente*, obra del intelectual argentino, Manuel Ugarte [1875-1951] que era una de las figuras más respetada y citada por García Calderón, gracias a su fundamental obra *El porvenir de la América Latina* (1911). Con él había proyectado años atrás conformar una elite arielista continental a partir de *La Revista de América* que fue publicada en París entre los años 1912 y 1914. Por eso en su último texto Manuel Ugarte menciona y critica a su amigo peruano por creer que es posible la

autolimitación del imperialismo, y por ello formula esta pregunta, «¿Quién vigilará al formidable tutor. Dependerá un mundo tumultuoso de la buena voluntad de este hermano mayor, inclinado a bruscas agresiones y peligrosos monopolios?» (Ugarte, 1923, p. 275).

Ahora bien, es interesante apreciar que el libro de Ugarte, donde se renueva la tradición arielista de cuestionamiento al imperialismo, causó una profunda impresión en otro pensador peruano, el joven, Víctor Raúl Haya de la Torre [1895-1979] quien reseñó la obra en la revista *Córdova* (Planas, 1994, p. 75) y tiempo después inició un relación epistolar con el autor argentino. En una carta escrita desde Oxford el 28 de marzo de 1927 le comentaba:

Queremos formar con el Apra un gran ejército continental. Un Kuomintang latinoamericano [...] Yo siempre lo he llamado ha V. Precursor V. es evidentemente precursor de nuestra lucha [...] En 1923 leí en México. El destino de un continente. Me sirvió para definir mi tesis clasista y revolucionaria de la lucha antiimperialista que hoy sirve de norma al APRA (Ugarte, 1999, p. 58).

En aquel entonces los jóvenes apristas leyeron y siguieron a Manuel Ugarte. Su correspondencia publicada revela esta admiración pero también demuestra que la relación con Francisco García Calderón continuó inalterable. Este último le felicitó por la publicación de *El destino de un continente* y años después lo saludaba para anunciarle la designación del general Oscar R. Benavides (1933-1939), un común amigo, como Presidente del Perú.

Pocos años después, y a pedido de Haya de la Torre, Manuel Ugarte intercede ante el gobernante peruano por unos presos apristas en Satipo, gesto que le es agradecido por Luis Alberto Sánchez en una carta escrita en Santiago el 20 de enero de 1936, pero en ella también le recrimina su benevolencia con la dictadura de Benavides.

Como reflexión final, diremos que nos parece que la figura Manuel Ugarte sirve de nexo entre dos planteamientos que contradijeron el imperialismo norteamericano en el continente. La primera concepción la calificaremos como un «Contra-Imperialismo Latino» afincado en criterios sociológicos, culturales y políticos, dentro de las concepciones del consenso liberal que provenía del siglo XIX y que era ajeno al discurso del materialismo histórico que se generalizó en el mundo después de la Revolución de octubre de 1917. La segunda concepción, fue el «Anti-imperialismo Indoamericano» caracterizado por criterios económicos y clasistas, y que ha tenido su mayor difusor en Haya de la Torre.

Epílogo

Antes de finalizar estas líneas creo conveniente exponer por qué se puede considerar actual el pensamiento calderoniano y cuál es la importancia que puede tener para el futuro. Más allá de las posibles analogías que podamos establecer entre la distinción «democracia representativa» y «democracia participativa» que vemos en nuestros días, con la confrontación que antaño observaba Tocqueville de un democracia de la libertad contra otra de la igualdad, creemos que las enseñanzas más útiles que podemos extraer de García Calderón son las respuestas que estaban destinadas a servir en las interrelaciones entre bloques culturales en un mundo como el existente hasta 1914, el cual estaba estructurado en base a un equilibrio de potencias imperialistas que rivalizaban por sus respectivos cotos del orbe.

Un modelo como ese resultó imposible que siguiera existiendo debido a la confrontación ideológica que produjo la Revolución Bolchevique y que devino después de 1945 en la bipolaridad característica de la Guerra Fría. Pero una vez acabado este conflicto con la caída del Muro de Berlín, en 1989, el escenario del poder mundial parece inclinarse lentamente desde el modelo unipolar hacia un esquema multipolar donde la Unión Europea, China, los países de la coprosperidad japonesa, el conjunto de la ex Unión Soviética, los pueblos islámicos, etcétera, tienden a convertirse en grandes espacios regionales y donde puede tener una participación cada vez más relevante un incierto tablero global.

Ahora bien, si a esta posibilidad le agregamos que no se ha producido el monótono «fin de la historia» que profetizó el liberal Francis Fukuyama sino que podríamos estar *ad portas* de un «Choque de civilizaciones» como lo ha sostenido el profesor Samuel P. Huntington, el Spengler americano, llegaremos a la conclusión que la idea de América Latina, que en nuestros días constituye una expresión meramente geográfica y vacía de contenido puede retomar su significado real restaurando su identidad cultural, y con ella tal vez encuentre la única solución para dar sustento a un verdadero proceso de integración. Hasta nuestros días se ha mantenido la interrogante de si Francisco García Calderón es el icono perdido del liberalismo peruano, pero estamos tentados a pensar que la gran pregunta que queda por responder es si él es el arcano del destino perdido de América Latina.

Bibliografía

- Altuve-Febres Lores, Fernán (1994). Las dictaduras ilustradas. *El Peruano* [Lima]. 9 de noviembre.
- Andújar, Jorge (1994). Francisco García Calderón y José de la Riva Agüero. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 21, pp. 19-32, Lima.

- Basadre, Jorge (1954). *En torno al Perú y América*. Prólogo. Lima: Juan Mejía Baca.
- Belaunde, Víctor Andrés (1994). *La crisis presente. (1914-1939)*. 6a edición. Lima: Luis Alfredo Ediciones.
- Chocano, José Santos (1954). *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Darío, Rubén (1952). *Obras completas*.
- Edwards, Alberto (1992). *La fronda aristocrática en Chile (1928)*. Santiago.
- Garavito, Hugo (2001). *El liberalismo de tarro y levita*. Conferencia. Lima.
- García Calderón, Francisco (1904). *De Litteris*. Lima: Gil.
- García Calderón, Francisco (1905) *Menéndez Pidal y la cultura española*. Santiago.
- García Calderón, Francisco (1907). *Hombres e ideas de nuestro tiempo*. Valencia: F. Sempere y Compañía.
- García Calderón, Francisco (1909). *Profesores de idealismo*. París.
- García Calderón, Francisco (1912). Prólogo a Enrique Pérez. En *Vicios políticos en América*. París.
- García Calderón, Francisco (1916). *El panamericanismo su pasado y su porvenir*. París.
- García Calderón, Francisco (1917). *Ideologías*. París: Garnier.
- García Calderón, Francisco (1919a). *El Wilsonismo*. París.
- García Calderón, Francisco (1919b). *El dilema de la Gran Guerra*. París.
- García Calderón, Francisco (1919c). *Ideas e impresiones*. París.
- García Calderón, Francisco (1919d). «Prólogo» a *Carlos Rey de Castro*. En Artículo III del Tratado de Ancón. París.
- García Calderón, Francisco (1925). Dictatorship and Democracy in Latin America. *Foreign Affairs*, N° 3. N. Y. Abril.
- García Calderón, Francisco (1926). *La Europa inquieta*. Madrid.
- García Calderón, Francisco (1928). *El espíritu de la nueva Alemania*. Barcelona. Maucci.
- García Calderón, Francisco (1929). *La herencia de Lenin y otros ensayos*. París. Garnier.
- García Calderón, Francisco (1933). Un hispanista francés: Don Raymundo Foulche-Delbosc. París.
- García Calderón, Francisco (1938a). *L' Avenir de la Société des Nations*. París.
- García Calderón, Francisco (1938b). *Testimonios y comentarios*. París.
- García Calderón, Francisco (1938c). *Transformations en Amérique Latine*. París.
- García Calderón, Francisco (1944). *In Memoriam*. Ginebra.

- García Calderón, Francisco (1949). *José de la Riva Agüero: recuerdos*. Lima: Impr. Santa María.
- García Calderón, Francisco (1979 [1912]). *Las democracias latinas de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- García Calderón, Francisco (1981 [1907]). *El Perú contemporáneo*. Lima: Banco Internacional del Perú.
- García Calderón, José (1969). *Diario íntimo*: 12 de setiembre, 1944-3 de mayo, 1916. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- García Calderón, Ventura (1949). «Prólogo» a Francisco García Calderón Landa, *Memorias del cautiverio*. Lima: Lib. Internacional del Perú.
- García Calderón, Ventura (1986). Nosotros. En *Obras escogidas*. Lima: Edubanco.
- Gonzales, Osmar (1996). *Sanchos fracasados*. Lima: PREAL.
- Giusti, Miguel (1991). La irrealidad nacional. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 18, pp. 91-106, Lima.
- Huntington, Samuel P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires: Paidós.
- Jiménez Borja, José (1986). Grandeza y aticismo en la obra de Francisco García Calderón. En *Obras selectas*. Lima: Academia Peruana de Lengua.
- Loayza, Luis (1990). *Sobre el 900*. Lima: Hueso Húmero.
- López, Sinesio (1987). La generación de 1905. En Alberto Adrianzén (ed.), *Pensamiento político peruano*. Lima: DESCO.
- Llosa, Jorge Guillermo (1966). *Francisco García Calderón*. Lima: Universitaria.
- Peña Cabrera, Antonio (1987). José de la Riva Agüero, Francisco García Calderón y Víctor Andrés Belaunde: visión y propuesta conservadora. En Alberto Adrianzén (ed.), *Pensamiento político peruano*. Lima: DESCO.
- Phelan, John (1986). El origen de la idea de Latinoamérica. En *Ideas sobre Latinoamérica*. México.
- Planas, Pedro (1994). *El 900. Balance y recuperación*. Lima: CITDEC.
- Riva Agüero y Osma, José de la (1999). Epistolario. En *Obras completas*. Tomo XVI. Lima: Instituto Riva-Agüero.
- Sánchez, Luis Alberto (1979 [1912]). «Prólogo» a *Las democracias latinas de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Sánchez, Luis Alberto (1981 [1907]). «Prólogo» a *El Perú contemporáneo*. Lima: Banco Internacional del Perú.
- Sánchez, Luis Alberto (1984). *Recuerdos de la Revolución de 1848*. Madrid.

- Sánchez, Luis Alberto (1996 [1931]). *La democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sanders, Karen (1997). *Nación y tradición*. Lima: Instituto Riva-Agüero / México: Fondo de Cultura Económica.
- Tocqueville, Alexis (1982). [1856]. *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Madrid.
- Tudela, Francisco (2001). «Prólogo» a *El Perú contemporáneo*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Ugarte, Manuel (1923). *El destino de un continente*. Buenos Aires.
- Ugarte, Manuel (1999). *Epistolario (1896-1951)*. Buenos Aires.
- Vallenilla Lanz, Laureano (1999[1919]). *El cesarismo democrático y otros textos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Vegas Seminario, Francisco (1999). *Hotel Dressen*. Lima.